

DE HISTORIA...
EXTRANJERO:
Paquete 20 ejemplares...
No se sirven suscripciones si no se pagan por adelantado

La Iglesia y los problemas de la vida contemporánea

El corporativismo fascista-católico

El 18 de diciembre de 1934, el papa Pío XI pronunció una alocución en el Consistorio, en la cual exhortaba a los Gobiernos a tratar de alejar «los gravísimos peligros y los segurísimos daños del socialismo y del comunismo». Propiamente aquel día, los periódicos anunciaron nuevos aumentos del pan en Roma y en otras varias ciudades de Italia.

Pero eso importaba poco al papa, que en 1933 a un grupo de peregrinos, todos pobres desocupados, llegados de Inglaterra y de Irlanda, le hizo presente la sublimidad de su situación. Tomo este documento de inconsciente pontificia de un boletín católico (La Buena Parola, París, noviembre de 1933):

«Después de realizadas devotamente sus visitas jubilar a las Basílicas, esos peregrinos fueron recibidos en solemne audiencia por el Santo Padre.

«El Santo Padre, después de haber recordado la enseñanza particular de las visitas a cada Basílica: la enseñanza de la penitencia en San Juan de Letrán; de la pureza y dignidad de la vida en Santa María Mayor; de la fe renovada en San Pablo, quiso agregar una palabra particular para ellos en su calidad de peregrinos obreros, de obreros sin trabajo, a quienes les está impedido, suspendido el trabajo.

«Gran tribulación esta — dijo el Santo Padre —. El Vicario de Jesucristo lo sabe y la convida con ellos, como el padre participa en todas las tribulaciones de sus hijos. Gran tribulación, sin embargo, la Providencia divina ha permitido de seguro, especialmente en relación a aquellos tan fieles a la religión de los padres, no para otra cosa que para su mismo bien. Es ya seguramente para muchos un bien el poder apreciar mucho más el trabajo que no hemos hecho nunca hasta ahora. Tenemos en Italia — y así será en todas partes — un proverbio que dice que se aprecia más un tesoro cuando se está privado de él.

«Pero hay, además, continuó el Santo Padre, una apreciación mucho más alta y es la consideración que la divina Providencia ha preparado, precisamente en este año santo de la Redención a la memoria y al recuerdo del Redentor obrero: la tribulación, por tanto, se convierte propiamente en un verdadero beneficio: suspendida la posibilidad de un trabajo material, es ofrecida la posibilidad de otro gran trabajo para corazones generosos y voluntariosos. Dios mismo les da un trabajo mucho más bello y necesario. El trabajo que les falta actualmente es el material, para la vida material, corpora, terrenal. La Divina Providencia da a los desocupados la posibilidad de ocuparse ahora de un sublime trabajo espiritual. A ese trabajo admirable llama hoy de modo especial la Providencia de Dios; está es la posibilidad que Ella os ofrece, perdiendo la grave tribulación que, sin embargo, permanece tal del trabajo que falta, del trabajo suspendido; y hoy aquellos queridos trabajadores no sólo deben recoger para sí, en gran abundancia, todo el conjunto de estos tesoros espirituales, sino que deben, además, ser sus distribuidores entre sus hermanos, demostrando que saben soportar la prueba presente con gran serenidad y fe, y agradeciendo a la Divina Providencia que aun del mal sabe extraer el bien y suscitar nuevas esperanzas con recursos tan altos y tan insospechados.»

Musolini ofrece a los desocupados... las



Concurrentes a una excursión libertaria en el pueblo de Villamarchante (Valencia), celebrada el 19 de agosto.

SIGNOS DE LA EPOCA

La fuerza bruta

De cuando en cuando, irrumpiendo en nuestra «Historia contemporánea», pasa como un águila de barbaque que, purgando siempre por avanzar y extenderse considerablemente, destiende unas veces obrando a plena luz y otras, como fuerza subterránea, va haciendo vía. Es el fascismo que, salido de entre los escombros del fracasado liberalismo burgués, lleva la misión de afianzarse con todos sus recursos nuestro vigente sistema social. Pretende el fascismo imponerse por doquier, y es aún un tanto difícil prever cuáles serán sus resultados. Sea de ello lo que fuere lo cierto es que, un imperativo del momento aconseja a todos cuantos poseen un amplio sentido de dignidad humana, hacer frente como sea a esa desencadenada brutalidad que nos amenaza.

Han hablado algunos escritores de un retroceso en la Historia de una regresión a los funestos tiempos de luchas sangrientas, de guerras civiles, de feroces hecatombes que caracterizaron buena parte de la Edad Media. Un tanto aventurados parece la suposición, pero, si examinamos el desarrollo que ven-turando los estamentos reaccionarios y los estragos que cometen, como los llevamos a cabo en Alemania y Austria, no es de extrañar que se forjen las más mentevadas hipótesis de tono pesimista.

El capitalismo es indudable que, como tantas veces se ha dicho y se repite, atraviesa por un fúlgido período de crisis, bregando por mantenerse a flote, por pervenir a despecho de los sectores que en su contra están enfrentados, conoviendo las conciencias y rachea huestes de mercaderes que, desartados del trabajo por gendarmes, embrutecidos por el afán de lucro, regados por la ilusión de hacer vida de molinos, contaminados por el vicio espíritu burgués y por la sed de mando que hinchó de fatuidad, de soberbia a cualquier alcoraque, a cualquier alfilerado con mentalidad de renacuajo, abogan todo cuanto podían poseer de seres nobles, honrados, comprensivos, para descender al bajo, el ignorancioso y vastero papel de perros de presa a las órdenes de quienes pagan.

Si olemos con mirada serena el vasto panorama internacional observaremos cómo cada día va tomando cuerpo, adentrándose en la realidad, la posibilidad de una monstruosa configuración en que, estallando de ira, embrutecidos por las sofismas belicistas, se precipitan unos pueblos contra otros; vanay legiones de proletarios a batirse con encano de fieras, hasta caer cubiertos de sangre y todo pudriéndose en montones de carniça allá en los campos de batalla. Después, cuando la sangre y el fuego hayan sembrado el horror, la devastación, la miseria; cuando millares de seres hayan perecido del modo más estúpido que imaginarse pueda, se hará la paz, se juntarán en franca camaradería los genitales de la política, de la plutocracia de los países beligerantes y en un brillante banquete brindarán por la concordia y contrerán satisfichos de que con el resello de la patria pueden equipararse legiones de trabajadores con el más vuculo grado de imbecilidad para batirse unos contra otros bajo las banderas de sus respectivos naciones. Poetas juglares del Estado con-

OPTIMISMO

Todas las fuerzas de izquierda en el mundo confiesan amargamente su derrota. Es una derrota, transitoria — dicen —; es la fuerza bruta que llega por un instante a pisotear la idea, pero no a matarla, porque no se mata lo que es eterno. Dicen esto y muchas otras cosas parecidas, para que la democracia muera con todos los consuelos con las rituales palabras que en todos los entornos, anuncian la resurrección. Pero ningún difunto se conformaría con esas palabras.

Los comunistas, con una excepción. Su optimismo metódico y disciplinado se basa en el triunfo de su partido en Rusia; triunfo del partido, fracaso de la idea. El optimismo de los comunistas es un optimismo pragmático, un arma de combate y de propaganda; pero hasta las ideas-fuerzas son débiles, si no corresponden a una realidad positiva.

Nuestro optimismo es distinto. No lo sostenemos como bandera de combate. En la propaganda preferimos mostrar las dificultades de la lucha, porque queremos soldados voluntarios y conscientes que no se asusten al primer choque con la brutalidad de los hechos reales. Si somos pocos, decimos «somos pocos». Si nos vemos incapaces o impreparados, decimos: «Hay que prepararse».

Nadie como nosotros comprende la gravedad de esta derrota del liberalismo — que es, transitoriamente, una derrota de la libertad — porque la habíamos previsto. Nos llamaban utopistas, pero el ver más allá del presente inmediato tiene su importancia práctica.

No nos entusiasmos con la democracia cuando todo el mundo se entusiasma. Estábamos fuera de nuestro tiempo, según la opinión de la gente. Puede ser, pero no entre las nubes. Planteábamos los términos de la lucha como los plantean ahora los hechos. Estamos dentro de nuestro tiempo ahora, mientras muere la democracia.

Nos echaban a la cara la calificación anguiladora de «soñadores», porque negamos el Estado. Ahora el Estado, concebido como expresión política de la nación, se niega a sí mismo. El momento es terrible, pero el terreno se ha despejado de los malentendidos. Por todos los caminos, por el de Mussolini e Hitler, como por el de Roosevelt, como por el de Stalin, el Estado llega a identificarse con el Gobierno y éste con la clase dominante, que nunca es la mayoría y nunca el proletariado.

Se ha dicho y se repite: «Roma o Moscú». No. Tenemos en Rusia una dictadura de la burocracia. Las dictaduras capitalistas se acercan probablemente, a través del desastre económico y de la economía dirigida, a la misma realidad. ¿Qué importa el sistema, cuando hay una minoría de explotadores y una mayoría de explotados? Si el pueblo ruso no llega a tiempo a salvar contra el Estado su resolución, un día tendremos que decir: «Roma y Moscú».

Por un lado el liberalismo y la democracia, por el otro el socialismo marxista y pseudomarxista, trataron de establecer puentes entre los oprimidos que aspiraban a su libertad política y económica y el Estado. Estos puentes se han roto. Debían romperse, porque no tenían otra fuerza que esas ramas quebradizas que que los primitivos ocultan las trampas para la caza de fieras. En la trampa cayó el pueblo. ¿Demorará en levantarse? No sabemos. Pero sabemos que el malentendido está desapareciendo. Sólo hace falta abrir los ojos y mirar.

La utopía democrática lleva a la conquista electoral del Estado; la utopía revolucionaria de los autoritarios lleva a la conquista violenta del poder. La terrible ilusión de unos y otros estriba en creer que basta tener el cuchillo por el mango para herir donde uno quiere. Y eso porque políticos y teóricos leen todos los libros excepto el de la experiencia.

La sobreestructura estatal conserva, no crea, porque su cometido es hacer respetar el orden y cualquiera creación, rompe el orden. Por eso cualquier cambio produce un desorden feroz, pero «subversivo». Por eso, los republicanos alemanes fusilaban a los espartaquistas e Hitler fusiló a los republicanos. Por eso en Rusia se persigue a los anarquistas, y en Italia a los comunistas. Por eso los demócratas españoles tratan de destruir el sindicalismo revolucionario y le hacen el caldo gordo al fascismo, que es conservador. Encontrar un progreso real, definitivo, realizado por el Estado sin el empuje irresistible que viene de abajo del pueblo, es un rompecabezas irreal.

El Estado sirve como arma para defender intereses creados, nunca para defender ideas. El proletariado, que es clase, pero que es también, en este momento, la encarnación de una idea, debe tirar este instrumento que no le sirve, debe romperlo en mano de sus enemigos.

Esta constatación tan sencilla, si orienta hoy a una minoría consciente de militantes, está sin embargo, en estado más o menos latente, en la conciencia de todos. Es éste un momento de confusión, o, mejor dicho, de delirio... delirio de la muerte... delirio del alambriamiento... nadie podría decirlo. Lo que podemos decir es: «Depende de nosotros, depende de la voluntad y de la inteligencia de los hombres. Se salvan en los naufragios, o pueden salvar a los demás, los que tienen la mirada clara y la respiración tranquila.

El apoyo que enteras multitudes conceden en este momento a formas extremadas de absolutismo estatal, es debido a esa falta de serenidad, a esa perturbación ciega que es una consecuencia fatal de toda guerra. No es el apoyo de la adhesión consciente. Es una tentativa desesperada de quienes ya no tienen nada que perder o es la indiferencia de los que ya no creen en la democracia y se abandonan inertes en los brazos del Mesías. A falta de entusiasmo, la indiferencia es el necesario sostén de toda dictadura.

Pero este estado de crisis no puede durar mucho; si dura, es la muerte. Nada es fatal en este mundo; la vida tampoco. Puede morir la civilización, la humanidad puede morir. Pero cada uno de nosotros siente en sí mismo una profunda voluntad de vivir. En este impulso, que se transforma en acción, encontramos nosotros las razones de nuestro optimismo.

Estamos convencidos de que la civilización y la vida misma de los hombres — cuando no sea puramente vegetativa — no es posible sin la libertad. La historia de las dictaduras contemporáneas — que ni la vida vegetativa pueden asegurar a sus súbditos — es ampliamente demostrativa en este sentido. Por eso las resistencias a la ola de reacción que amenaza a todos los países encuentran una resistencia íntima, profunda, que va más allá de las clasificaciones de partido y se identifica con la exigencia de libertad propia de todo individuo que no quiere anularse como tal.

Esta corriente casi instintiva necesita tomar conciencia de sí misma; el proceso se cumple, con el ritmo acelerado que tienen hoy todos los acontecimientos. Pasó poco tiempo entre la locura colectiva que llevó a Hitler al poder y la resistencia heroica del proletariado de Viena contra el absolutismo del Dollfus. El discípulo de Mussolini y de los jesuitas es hoy vencedor; la situación es gravísima, pero más despejada.

Ya hoy los únicos que sostienen la necesidad de la emancipación de la minoría dominante que de esa mano se sirve para perpetuar sus sistemas de explotación económica. Y si la ilusión autoritaria persiste aún en ciertos ambientes obreros, eso se debe al hecho de que una propaganda tendenciosa presenta bajo una luz engañadora, el ejemplo de Rusia. Pero la realidad de las cosas se impone a quien mire con ojos serenos. En la «patria del proletariado» la clase dominante, representada por el Estado, es una burocracia complicada que substituye al capitalismo en la obra de opresión y de explotación. Y de esto no tienen la culpa los hombres, sino las cosas, sino la esencia misma de la institución estatal.

Después del ruidoso fracaso de la democracia parlamentaria, todos los que no quieren resignarse a aceptar el absolutismo político, acompañado de la explotación económica, no tienen pues ante sí sino un solo camino: la lucha contra el Estado. Eso o la muerte. Y como tenemos fe en la vida, somos optimistas.

Las soluciones autoritarias se parecen todas o acaban por parecerse, a través de un proceso más o menos largo que lleva, por encima de las ideas y por encima de las intenciones al absolutismo y a la explotación. En un porvenir próximo, implícito ya en el presente que vivimos, el dilema no será: «Estado socialista o Estado fascista», sino: «Estado o federalismo libertario».

LUCIA FERRARI

MEMORIAS

Siendo una realidad y concluido en un principio el hecho revolucionario, lo más trascendental es el arranque de la nueva estructuración social del Comunismo Libertario.

Los trabajadores adscritos a los sindicatos, incautándose de los medios de producción, inmediatamente empezarán el trabajo para no interrumpir la producción, base principalísima para poder conservar la nueva organización social.

Los hombres que en el antiguo régimen tuvieron ocupaciones desparecidas, en el nuevo escogerán libremente el trabajo a que puedan ser acoplados.

Una vez adscritos a sus sindicatos correspondientes, tendrán derecho al carnet o boleto de consumidor, pues en el C. L. ya sabemos que no hay derechos sin deberes.

Entendemos que después de la incautación por los trabajadores de todo lo elaborado, procede inmediatamente la organización de la distribución, en primer lugar de los productos alimenticios.

Problema este muy complejo, especialmente en las grandes poblaciones.

Acoplados todos los hombres a sus respectivos sindicatos, de éstos procede indicar mediante carnet o boleto el sitio, depósito o Cooperativa donde deberán recibir los alimentos del día para sí y para sus familiares.

Esto, en un principio, hay que llevarlo con la más rigurosa y severa justicia, pues de lo contrario podrían sobrevenir fatales consecuencias.

Los trabajadores de la distribución (antiguos dependientes de comercio)

LOS PRESOS GUBERNATIVOS DE LA GENERALIDAD

¿Se habrá cumplido la promesa de Dencs, el sucesor de Selves? Según sus declaraciones del 31 de agosto, antes del martes, a del corriente, habrán salido todos los presos gubernativos de la Generalidad. Por primera vez, se decía en las declaraciones aludidas, no habrá presos gubernativos.

La campaña sistemática de nuestra prensa, de que se hizo algún eco también la prensa de otras comarcas, la intervención de la Liga de derechos del hombre, y tal vez otras presiones importantes, han puesto al gobierno catalán ante el espejo y le han obligado a reconocer que el camino seguido no era ni legal ni conveniente bajo ningún concepto.

Dejamos a un lado las amenazas contra la F. A. I. La F. A. I. sabe lo que tiene que hacer, y no deberá de hacerlo porque el señor Dencs lo prohíbe. La revolución que la F. A. I. proclama como objetivo inmediato de su existencia, no se hace por decreto parlamentario o con la anuencia de los privilegiados que tienen la sartén económica y política por el mango.

Obligados a entrar en máquina antes del día fijado para la salida de todos los presos gubernativos, no podemos constatar si el Consejo interno de Gobernación de Cataluña ha mantenido su palabra. Lo haremos en el próximo número.

Ensayos y conferencias por Ricardo Mella 220 págs. 3.80 pts